

Vulnerabilidad estructural ante victimización comunitaria y percepción de inseguridad en jóvenes estudiantes

Structural vulnerability to community victimization and perception of insecurity in young students

Vulnerabilidade estrutural à vitimização comunitária e percepção de insegurança em jovens estudantes

Ariagor Manuel Almanza-Avenidaño¹
Anel Hortensia Gómez-San Luis²
Angel Fernando Medina Segura³

Recibido: 10 de julio del 2020

Aprobado: 28 de octubre de 2022

Publicado: 1 de diciembre de 2022

Cómo citar este artículo:

Almanza-Avenidaño A. M., Gómez-San Luis A. H. y Medina Segura, A. F. (2022). Eva Vulnerabilidad estructural ante victimización comunitaria y percepción de inseguridad en jóvenes estudiantes. *Pensando Psicología*, 18(2), 1-26.
doi: <https://doi.org/10.16925/2382-3984.2022.02.01>

Artículo de investigación. <https://doi.org/10.16925/2382-3984.2022.02.01>

¹ Universidad Autónoma de Baja California
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7240-6163>

² Universidad Autónoma de Baja California
Correo electrónico: agomez82@uabc.edu.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9846-5046>

³ Universidad Autónoma de Baja California
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5428-0990>



Resumen

Objetivos: identificar los niveles de percepción de inseguridad y victimización comunitaria (directa, indirecta y contextual); comparar los niveles de percepción de inseguridad de acuerdo con elementos de vulnerabilidad estructural (género, nivel educativo y clase social); analizar la asociación entre los tipos de victimización comunitaria con género, nivel educativo, clase social y nivel de percepción de inseguridad.

Metodología: se realizó un estudio comparativo y correlacional con una muestra no-probabilística conformada por 310 estudiantes (55,8% mujeres y 44,2% hombres), con un rango de edad de 13 a 24 años, pertenecientes a diversos niveles educativos (secundaria, preparatoria y universidad).

Resultados: se encontraron niveles moderados de percepción de inseguridad ($M=17,2$; $DE=5,2$), y un predominio de la victimización indirecta y directa por delitos como robo (47,7% indirecto; 27,1% directo) y asalto (34,8% indirecto; 15,2% directo). La victimización contextual se vincula a delitos de alto impacto como el homicidio (31,9%) y la desaparición (21,3%). Las mujeres experimentan mayor percepción de inseguridad [$t(308) = 4,27$; $p < 0,001$], acoso en forma directa [$\chi^2(1) = 40,61$; $p < 0,001$], y reportan con mayor frecuencia violencia sexual [$\chi^2(1) = 30,03$; $p < 0,001$] y desaparición [$\chi^2(1) = 13,53$; $p < 0,001$] en su comunidad. El nivel educativo universitario se encontró más cercano a la violencia sexual directa y contextual [$\chi^2(18) = 21,53$; $p = 0,253$]. Pertenecer a una clase más alta presentó mayor cercanía a la victimización directa e indirecta por robo, así como al reporte de desaparición en la comunidad [$\chi^2(27) = 19,87$; $p = 0,836$].

Conclusiones: el género fue el elemento de la vulnerabilidad estructural que más se asoció a la victimización comunitaria y la percepción de inseguridad. Una alta percepción de inseguridad se vincula con la victimización directa, así como la ocurrencia de delitos de alto impacto en la comunidad.

Palabras clave: Violencia comunitaria, victimización, inseguridad, vulnerabilidad estructural, jóvenes.

Abstract

Objectives: Identify the levels of perception of insecurity and community victimization (direct, indirect and contextual); compare the levels of perception of insecurity according to elements of structural vulnerability (gender, educational level and social class); to analyze the association between types of community victimization with gender, educational level, social class and level of perception of insecurity.

Methodology: A comparative and correlational study was carried out with a non-probability sample made up of 310 students (55,8% women and 44,2% men), with an age range of 13 to 24 years, belonging to different educational levels (junior-high school, high-school and college).

Results: Moderate levels of perception of insecurity ($M=17,2$; $SD=5.2$) were found, and a predominance of indirect and direct victimization for crimes such as robbery (47,7% indirect; 27,1% direct) and assault (34,8% indirect; 15,2% direct). Contextual victimization is linked to high impact crimes such as homicide (31,9%) and disappearance (21,3%). Women experience a greater perception of insecurity [$t(308) = 4,27$; $p < 0,001$], direct sexual harassment [$\chi^2(1) = 40,61$; $p < 0,001$], and more frequently report sexual violence [$\chi^2(1) = 30,03$; $p < 0,001$] and disappearance [$\chi^2(1) = 13,53$; $p < 0,001$] in their community. College level is closer to direct and contextual sexual violence [$\chi^2(18) = 21,53$; $p = 0,253$]. Belonging to a higher class was closer with direct and indirect victimization for robbery, as well as reporting disappearances in the community [$\chi^2(27) = 19,87$; $p = 0,836$].

Conclusions: Gender was the element of structural vulnerability that was most associated with community victimization and the perception of insecurity. A high perception of insecurity is linked to direct victimization, as well as the occurrence of high impact crimes in the community.

Key words: Community violence, victimization, insecurity, structural vulnerability, youth.

Resumo

Objetivos: Identificar os níveis de percepção de insegurança e vitimização da comunidade (direta, indireta e contextual); comparar os níveis de percepção de insegurança de acordo com elementos de vulnerabilidade estrutural (gênero, nível educacional e classe social); analisar a associação entre os tipos de vitimização comunitária com gênero, escolaridade, classe social e nível de percepção de insegurança.

Metodologia: Foi realizado um estudo comparativo e correlacional com uma amostra não probabilística composta por 310 estudantes (55,8% mulheres e 44,2% homens), com faixa etária de 13 a 24 anos, pertencentes a diferentes níveis de escolaridade (secundária, preparatória e universidade).

Resultados: foram encontrados níveis moderados de percepção de insegurança ($M=17,2$; $DP= 5,2$) e predominância de vitimização indireta e direta por crimes como roubo (47,7% indireto; 27,1% direto) e assalto (34,8% indireto; 15,2% direto). A vitimização contextual está ligada a crimes de alto impacto, como homicídio (31,9%) e desaparecimento (21,3%). As mulheres experimentam uma maior percepção de insegurança [$t(308) = 4,27$; $p < 0,001$], assédio direto [$\chi^2(1) = 40,61$; $p < 0,001$], e mais frequentemente relatam violência sexual [$\chi^2(1) = 30,03$; $p < 0,001$] e desaparecimento [$\chi^2(1) = 13,53$; $p < 0,001$] em sua comunidade. O nível educacional da universidade estava mais próximo da violência sexual direta e contextual [$\chi^2(18) = 21,53$; $p = 0,253$]. Pertencer a uma classe superior estava mais próximo à vitimização direta e indireta por roubo, além de relatar desaparecimentos na comunidade [$\chi^2(27) = 19,87$; $p = 0,836$].

Conclusões: O gênero foi o elemento de vulnerabilidade estrutural mais associado à vitimização da comunidade e à percepção de insegurança. Uma alta percepção de insegurança está ligada à vitimização direta, bem como à ocorrência de crimes de alto impacto na comunidade.

Palavras-chave: Violência comunitária, vitimização, insegurança, vulnerabilidade estrutural, juventude

Introducción

La violencia comunitaria es la violencia experimentada como víctima directa o indirecta en lugares cercanos al hogar, la escuela y colonias circundantes, e incluye tanto actos delictivos como conductas violentas no tipificadas como delitos (Scarpa, 2003). Las víctimas de la violencia comunitaria se clasifican en directas, indirectas y contextuales. Las víctimas directas son quienes han vivido las consecuencias físicas y psicosociales de la violencia; y las indirectas son los familiares o personas cercanas a las víctimas directas. Las víctimas contextuales, son testigos de la violencia y pueden ser afectados psicológicamente sin pérdidas o amenazas directas a ellos o sus familiares (Echeburúa, 2004).

En contextos con violencia comunitaria, los jóvenes son especialmente vulnerables debido a que atraviesan por una etapa de autonomía e independencia que los lleva a incrementar su movilidad en el espacio público, y estar más expuestos que otros grupos (Almanza-Avenidaño, Gómez San Luis y Gurrola-Peña, 2018). Latinoamérica es la única región del mundo con un aumento de la tasa de homicidios en adolescentes de 10 a 19 años desde 2007 (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF],

2017). Cada día 67 adolescentes de entre 10 y 19 años son víctimas de homicidio en esta región (UNICEF, 2019). En países como México, su vulnerabilidad se ha incrementado por la violencia asociada al crimen organizado (Almanza-Avenidaño, Romero-Mendoza y Gómez-San Luis, 2018; Gómez-San Luis y Almanza-Avenidaño, 2016).

La victimización en el ámbito comunitario tiene diversas implicaciones para la salud mental. Se asocia con síntomas internalizantes como ansiedad, depresión y estrés postraumático (Chen et al., 2017; Gurrola et al., 2014). También se relaciona con síntomas externalizantes como conductas agresivas y delictivas, bajo rendimiento escolar, deserción, conductas sexuales de riesgo, consumo de alcohol, tabaco y marihuana (Gaylord-Hardenet et al., 2017; Voisin et al., 2016).

Los jóvenes más vulnerables a desarrollar sintomatología presentan un alto grado de exposición a la violencia comunitaria y un menor nivel de protección parental y recursos personales (Copeland-Linder, Lambert y Jalongo, 2010). Por lo tanto, en lugar de considerar a los jóvenes como un grupo homogéneo, se requiere identificar las condiciones que generan diferentes grados de exposición a la violencia.

Existe una vulnerabilidad estructural hacia la violencia comunitaria producida por la posición que los individuos ocupan en un orden social jerárquico, con diversas redes de relaciones de poder que afectan sus vidas. Los individuos son influenciados de manera diferencial por condiciones políticas, económicas, culturales e idiosincráticas que establecen desigualdades y crean patrones socialmente estructurados de malestar a través de los grupos poblacionales, como es el caso de la violencia. Tales condiciones limitan la agencia de los individuos en términos de la capacidad de toma de decisiones y sus opciones de vida (Quesada, Hart y Bourgois, 2011).

En las ciudades existe un control físico y geográfico de los territorios para la explotación de recursos y la circulación del capital. Esto provoca una fragmentación del espacio urbano, pues existe un acceso diferencial al suelo y se delimitan las zonas que pueden habitar y transitar las clases sociales. Entre las zonas existe desigualdad en el acceso a servicios públicos, educación, salud, vivienda y seguridad (González, 2018), condición que establece una vulnerabilidad diferencial ante la violencia comunitaria.

Además de la clase social, el género y la edad son posiciones que pueden incrementar la vulnerabilidad estructural de los jóvenes ante la violencia comunitaria. Plan Internacional (2018) señaló que el grupo de 16 a 20 años identificó más sitios inseguros en su ciudad, los cuales se asociaron principalmente al acoso sexual. En América Latina, nueve de cada diez mujeres sufrieron sexo forzado por primera vez entre los 10 y 19 años (UNICEF, 2017). En México, durante el periodo 1990-2015, el 7% de todas las muertes en el grupo de mujeres de 10 a 29 años se debió a la violencia (Romero et al., 2018).

Percepción de inseguridad y victimización comunitaria

La percepción de inseguridad se define como “un sentimiento de desprotección ante la probabilidad de ser víctima de algún tipo de delito” (Vera et al., 2017, p. 185). Representa un sentido de vulnerabilidad personal ante la amenaza de convertirse en víctima de un delito (Cops, 2010), pero no se limita a situaciones tipificadas como delitos, pues abarca las violencias que se manifiestan en su comunidad. Molina-Coloma, Reyes-Sosa y Larrañaga-Egilegor (2015) hallaron que la inseguridad en jóvenes se construye en base a situaciones que ocurren en su localidad como homicidios, acoso sexual, agresiones físicas, venta y consumo de drogas, robos, secuestros o violaciones.

La percepción de inseguridad varía en función del nivel de incidencia delictiva en el contexto local (Gaitán-Rossi y Shen, 2018), y el grado de victimización directa e indirecta sufridos (Grinshteyn et al., 2016). Una alta percepción de inseguridad puede afectar la salud de la ciudadanía, al incrementar los niveles de estrés, o de forma indirecta, al promover el desarrollo de conductas no saludables para su manejo, como fumar (Pearson y Breetzke, 2013). También se asocia con sintomatología de ansiedad, somatización, depresión y malestar psicológico (Villareal y Yu, 2018) y conductas de evitación que limitan la movilidad fuera del hogar (Lorenc et al., 2012). Esto provoca una modificación de las rutinas, pues se disminuye la participación en actividades sociales y la actividad física. Además de favorecer el aislamiento, contribuye a la reducción de la cohesión social y la disminución de la satisfacción vital (Ávila et al., 2016; Martínez-Ferrer et al., 2016).

Sin embargo, la relación entre la victimización y la percepción de inseguridad no es exclusivamente lineal. Se ha advertido la existencia de paradojas de la victimización (Robles, 2014), escenarios donde las personas menos expuestas perciben mayor inseguridad, o bien, reportan menores niveles de inseguridad las personas más expuestas a la delincuencia. Dichas paradojas indican la existencia de dos formas de percibir la inseguridad: “objetiva”, o basada en la victimización experimentada; y “subjetiva”, cuando no han sido víctimas directas, pero desarrollan un estado de temor anticipatorio (Vuanello, 2009).

Se ha reportado una mayor percepción de inseguridad en grupos de jóvenes en comparación con otros grupos de edad (Vera et al., 2017). La vulnerabilidad estructural también se manifiesta en la percepción de inseguridad, ya que varía debido a la intersección entre el género, la edad y la clase social (Hopkins et al., 2019). En diversos estudios las mujeres expresan una mayor percepción de inseguridad (Cops,

2010; Molina-Coloma et al., 2015; Reyes et al., 2017). Asimismo, se ha encontrado una mayor percepción de inseguridad en adolescentes de menor edad o cuyos hogares pertenecen a un nivel socioeconómico bajo (Grinshteyn et al., 2016).

Como se ha mencionado, la victimización comunitaria y la percepción de inseguridad son variables interrelacionadas que tienen implicaciones para la salud mental de los jóvenes. Los niveles de exposición a la violencia y de percepción de inseguridad dependen de la vulnerabilidad estructural basada en el género, la clase social y la edad. Esta última se abordará en el presente estudio a partir del nivel educativo, pues permite identificar grupos de jóvenes con rangos de edad similares y que comparten experiencias comunes.

Sin embargo, es necesario identificar el grado de influencia de cada posición en términos de género, nivel educativo y clase social; y cómo se vincula con tipos específicos de violencia comunitaria. Asimismo, los estudios previos se han enfocado principalmente a la victimización directa e indirecta, por lo que se requiere analizar si existen diferentes vulnerabilidades a la victimización contextual en función del género, el nivel educativo y la clase social. Finalmente, si bien se han encontrado asociaciones entre la victimización comunitaria y la percepción de inseguridad, es pertinente explorar si el nivel de percepción de inseguridad se vincula con tipos específicos de violencia comunitaria.

Por lo tanto, se han establecido los siguientes propósitos para el presente estudio: identificar el nivel de percepción de inseguridad y los niveles de victimización comunitaria directa, indirecta y contextual (1); comparar los niveles de percepción de inseguridad y victimización comunitaria según género, nivel educativo y clase social (2); y analizar la asociación entre los tipos de victimización comunitaria con género, nivel educativo, clase social y nivel de percepción de inseguridad (3).

Método

Se presenta un estudio con diseño no experimental, transversal de alcance descriptivo-correlacional.

Participantes

Se empleó una muestra no probabilística por conveniencia, con los siguientes criterios de inclusión: ser estudiante de secundaria, preparatoria o universidad; asistir a una escuela pública; y que la escuela se ubique en un vecindario perteneciente al

tercer o cuarto cuartil en términos del nivel de incidencia delictiva de los últimos cinco años en la ciudad (Subsecretaría del Sistema Estatal de Seguridad Pública, 2019).

Participaron 310 estudiantes (55,8% mujeres y 44,2% hombres), residentes de Mexicali, ciudad ubicada en la frontera norte de México. Su edad se encontraba en un rango de 13 a 24 años ($M = 16,75$ y $DE = 3,11$). La mayoría de los estudiantes se encontraban en el nivel de secundaria (39,7%) y preparatoria (39%), seguido de universidad (21,3%). En términos de clase social, se identificaron cuatro tipos: alta (21,3%), media alta (35,8%), media baja (24,2%) y baja (18,7%).

Instrumentos

Se construyó un cuestionario *ad hoc* con validación por jueces expertos, donde se solicitaron datos sociodemográficos a los participantes, incluyendo las variables asociadas con la vulnerabilidad estructural: género, nivel educativo y clase social. Para la medición de clase social se emplearon indicadores del cuestionario de la Asociación Mexicana de Agencias de Inteligencia de Mercado y Opinión (2017) para identificar el nivel socioeconómico. Estos indicadores se han empleado en estudios previos para aproximarse a la clase social (Schedler, 2018). A partir de la sumatoria de los indicadores se clasificó a los participantes en siete niveles. Los niveles se re-clasificaron como clases de la siguiente manera: Alta (nivel A/B), Media Alta (nivel C+), Media Baja (nivel C) y Baja (niveles C-, D+, D- y E).

La victimización directa se exploró mediante una pregunta con opción de respuesta dicotómica (sí o no): "¿Has vivido algún delito o situación de violencia en tu comunidad?". Si un participante respondía de manera afirmativa, respondía una pregunta abierta para especificar el tipo de victimización directa sufrida ("Si respondiste sí a la pregunta anterior, menciona los delitos o situaciones de violencia que has vivido en tu comunidad"). Se empleó una pregunta abierta complementaria para explorar las diversas situaciones que viven en su comunidad, y reducir la inducción de respuesta. Posteriormente, las respuestas a la pregunta abierta se codificaron de forma dicotómica (sí o no) para cada tipo de victimización directa identificada.

De forma similar, la victimización indirecta se exploró mediante una pregunta con opción de respuesta dicotómica: "¿Algún familiar tuyo ha vivido algún delito o situación de violencia en tu comunidad?". Posteriormente, se realizó una pregunta abierta para identificar los tipos de victimización sufridos por sus familiares ("Si respondiste sí a la pregunta anterior, menciona los delitos o situaciones de violencia que han vivido tus familiares en tu comunidad"). Las respuestas a la pregunta abierta se codificaron tal como se realizó en la victimización directa.

Para medir la victimización contextual se emplearon las siguientes preguntas: "¿Has observado que se ha cometido algún delito o situación de violencia hacia alguna persona (que no sea tu familiar) en tu comunidad?" y "¿Has escuchado que se ha cometido algún delito o situación de violencia hacia alguna persona (que no sea tu familiar) en tu comunidad?". Si los participantes respondían afirmativamente a cualquiera de estas preguntas, se les presentaba una pregunta abierta para identificar los tipos de victimización de las que habían sido testigos ("Si respondiste sí a la pregunta anterior, menciona los delitos o situaciones de violencia que has observado en tu comunidad") o que habían escuchado en el marco de sus relaciones sociales ("Si respondiste sí a la pregunta anterior, menciona los delitos o situaciones de violencia que has escuchado que ocurrieron en tu comunidad").

Finalmente, la percepción de inseguridad se exploró mediante tres ítems con una escala de 10 puntos, donde el uno representaba "nada inseguro" y el diez "muy inseguro". Los ítems medían la percepción de inseguridad en la ciudad ("¿Qué tan inseguro es vivir en Mexicali?"), el vecindario ("¿Qué tan inseguro es vivir en tu colonia?") y la zona escolar ("¿Qué tan insegura es la zona donde se encuentra tu escuela?"). Se obtuvo una fiabilidad aceptable para la percepción de inseguridad total ($\alpha = 0,75$).

Procedimiento

Se acudió con las autoridades de cada institución educativa, a fin de explicar el propósito del estudio, obtener su autorización oficial y coordinar la aplicación de instrumentos. En cada institución, el director promovió el contacto directo con personal escolar para la selección de grupos que se encontraran disponibles, de manera que su participación no afectara sus actividades académicas. El instrumento fue aplicado por los investigadores en espacios como aulas o bibliotecas, con una duración de cinco a quince minutos. Todos los participantes accedieron de manera libre y voluntaria, y se garantizó el anonimato y la confidencialidad de sus respuestas. Asimismo, se proporcionó ayuda en caso de que surgieran dudas durante la respuesta al cuestionario. Cabe mencionar que tras la aplicación de los instrumentos se realizaron grupos focales con los participantes, pero en el presente trabajo sólo se reportan los resultados de la fase cuantitativa del estudio.

Análisis de datos

Para responder al primer objetivo, se realizaron análisis descriptivos para identificar las frecuencias de victimización directa, indirecta y contextual; así como la media y

desviación estándar de la percepción de inseguridad. Para el segundo objetivo, se realizaron pruebas de chi cuadrada para analizar si existían diferencias en los distintos tipos de victimización por género, nivel educativo y clase social. Se llevó a cabo una prueba t para muestras independientes para comparar el nivel de percepción de inseguridad por género, y se realizaron análisis de varianza para las comparaciones por nivel educativo y clase social. Para el último objetivo, se realizaron análisis de correspondencias. Los análisis se llevaron a cabo mediante el programa estadístico SPSS, versión 20.

Consideraciones éticas

En el presente estudio se revisó el consentimiento informado con los participantes, donde se explicó el propósito y la forma de su participación, además de que se estableció el carácter anónimo, voluntario y confidencial del estudio. Debido a que se abordan cuestiones asociadas a la violencia comunitaria, no se solicitaron datos que pudieran facilitar su identificación para garantizar su seguridad. Los participantes podían rehusarse a participar o abandonar el estudio en cualquier momento. En el caso de participantes menores de edad que se encontraban en el nivel de secundaria o bachillerato, se solicitó el consentimiento informado de sus tutores, así como su asentimiento informado. La investigación se apegó a los criterios establecidos por el Código Ético del Psicólogo (Sociedad Mexicana de Psicología, 2010).

Resultados

En la Tabla 1 se muestran los principales tipos de victimización reportadas por el estudiantado. Cabe mencionar que no se incluyeron en el análisis tipos de victimización directa con frecuencias mínimas, como persecuciones ($n=9$) o agresiones ($n=4$), así como el acoso sexual a familiares ($n=18$). No fueron incluidas estas categorías debido a que uno de los supuestos del análisis de correspondencias es la homogeneidad de la varianza entre las variables, lo cual es afectado por categorías con baja frecuencia (Doey y Kurta, 2011). Más de la mitad de la muestra (53,5%) expresó que había vivido directamente algún delito o situación de violencia. En mayor medida señalaron que sus familiares habían sufrido alguno de estos incidentes (82,1%).

Como victimización contextual, se incluyeron aquellos otros delitos o situaciones de violencia que observan y escuchan en su comunidad. La mayoría expresó haber escuchado sobre algún delito o suceso violento ocurrido en su comunidad (96,1%); y en menor medida haber observado al menos un delito o suceso violento (60,3%).

Dentro de la violencia sexual se incluyeron las violaciones y el acoso, mientras que en las incivildades se agruparon situaciones como vandalismo, agresiones, peleas y “balaceras”.

La percepción de inseguridad en la ciudad ($M = 6,4$ y $DE = 1,9$) fue más alta que la percepción de inseguridad en su comunidad ($M = 5,3$ y $DE = 2,2$) o en la zona escolar ($M = 5,5$ y $DE = 2,2$). En la escala total, el nivel de inseguridad percibido en la muestra fue moderado ($M = 17,2$ y $DE = 5,2$), con un rango potencial de 3 a 30.

Tabla 1. Frecuencias de victimización directa, indirecta y contextual

Tipos de victimización	n	%
Victimización directa		
Acoso	44	14,2
Asalto	47	15,2
Robo	84	27,1
Victimización indirecta		
Asalto	108	34,8
Robo	148	47,7
Victimización contextual		
Violencia sexual	55	17,7
Homicidio	99	31,9
Desaparición	66	21,3
Venta y consumo de drogas	39	12,6
Incivildades	42	13,5

Nota. N = 310. Fuente: elaboración propia.

Género, victimización e inseguridad

En la Tabla 2 se muestran las asociaciones entre género y los principales tipos de victimización. Se encontraron asociaciones moderadas entre género con el acoso directo ($\Phi = 0,36$), y la victimización contextual por violencia sexual ($\Phi = 0,31$). Hubo asociaciones más bajas con la victimización contextual por desaparición ($\Phi = 0,21$) y homicidio ($\Phi = 0,13$). Las mujeres reportaron una mayor percepción de inseguridad total ($M = 18,3$ y $DE = 4,9$) que los hombres ($M = 15,9$ y $DE = 5,1$). Esta diferencia fue estadísticamente significativa al nivel especificado de 0,05; $t(308) = 4,27$; $p < 0,001$, $d = 0,48$; IC 95% [1,33; 3,59].

Tabla 2. Frecuencias y resultados de chi-cuadrada para los tipos de victimización por género

Tipos de victimización	Mujeres		Hombres		$\chi^2(1)$
	n	%	n	%	
Victimización directa					
Acoso	44	14,2	0	0	40,61**
Asalto	21	6,8	26	8,4	2,78
Robo	50	16,1	34	11	0,65
Victimización indirecta					
Asalto	54	17,4	54	17,4	2,26
Robo	87	28,1	61	19,7	1,01
Victimización contextual					
Violencia sexual	49	15,8	6	1,9	30,03**
Homicidio	46	14,8	53	17,1	5,14*
Desaparición	50	16,1	16	5,2	13,53**
Venta y consumo de drogas	22	7,1	17	5,5	0,01
Incivildades	22	7,1	20	6,5	0,23

Nota. N = 310 (n=173 para grupo de mujeres y n=137 para grupo de hombres).

*p<0,05; **p<0,001.

Fuente: elaboración propia.

Nivel educativo, victimización e inseguridad

En la Tabla 3 se muestran las asociaciones entre el nivel educativo y los principales tipos de victimización. Se encontraron asociaciones bajas entre el nivel educativo y la victimización contextual por violencia sexual ($\Phi = 0,15$) e incivildades ($\Phi = 0,14$). No se encontraron diferencias estadísticamente significativas en la percepción de inseguridad total entre los grupos ($F(2, 307) = 1,68$ p = 0,187).

Tabla 3. Frecuencias y resultados de chi-cuadrada para los tipos de victimización por nivel educativo

Tipos de victimización	Secundaria		Preparatoria		Universidad		$\chi^2(2)$
	n	%	n	%	n	%	
Victimización directa							
Acoso	17	5,5	12	3,9	15	4,8	5,77
Asalto	18	5,8	18	5,8	11	3,5	0,15
Robo	32	10,3	35	11,3	17	5,5	0,34

(continúa)

(viene)

Tipos de victimización	Secundaria		Preparatoria		Universidad		$\chi^2(2)$
	n	%	n	%	n	%	
Victimización indirecta							
Asalto	49	15,8	38	12,3	21	6,8	2,25
Robo	61	19,7	54	17,4	33	10,6	0,77
Victimización contextual							
Violencia sexual	17	5,5	19	6,1	19	6,1	7,16*
Homicidio	44	14,2	36	11,6	19	6,1	1,39
Desaparición	21	6,8	24	7,7	21	6,8	5,82
Venta y consumo de drogas	18	5,8	15	4,8	6	1,9	1,21
Incivildades	24	7,7	13	4,2	5	1,6	6,56*

Nota. N = 310 (n=123 para secundaria; n=121 para preparatoria y n=66 para universidad).

*p<0,05.

Fuente: elaboración propia.

El análisis de correspondencias es una técnica para la exploración de datos categóricos. Analiza tablas cruzadas donde cada fila y columna se transforma en un punto dentro de un mapa gráfico bi-dimensional. Las filas y columnas con patrones de frecuencias similares tendrán puntos cercanos en el mapa. El análisis emplea el estadístico chi-cuadrado para medir la distancia entre los puntos del mapa, o la asociación entre variables. Asimismo, busca explicar la mayor cantidad de inercia o varianza en el modelo, con el menor número de dimensiones (Doey y Kurta, 2011).

Se encontró una baja correspondencia entre los grupos de edad y las formas de victimización ($\chi^2(18) = 21,53$; $p = 0,253$). El análisis identificó dos dimensiones, con una inercia total de 2,9%. La primera dimensión explica el 84,5% de la inercia, mientras que la segunda dimensión explica el 15,5% restante. La baja inercia indica una leve asociación entre filas y columnas, y se representa gráficamente con una menor dispersión entre las categorías. La inercia depende de la homogeneidad entre las categorías de las variables, así como del número de observaciones realizadas (Greenacre, 2008).

En la Figura 1 se muestra la ubicación de cada categoría de las variables. Se emplean como coordenadas los puntajes en cada una de las dimensiones, que conforman los ejes de la gráfica. Los puntos representan a cada categoría, y las distancias entre ellas brindan una medida de su similitud. Las categorías cercanas tienen un perfil similar, mientras que los puntos distantes tienen un perfil distinto.

La primera dimensión se denominó amenaza percibida, debido a que los delitos y actos violentos se agrupan en función del tipo de amenaza: en un extremo aquellos relacionados con la violencia sexual, en medio los relacionados con daños

materiales y físicos, mientras que en el otro extremo se encuentran sucesos violentos que afectan al ambiente social de los estudiantes. La segunda dimensión representa la visibilidad de los delitos o actos violentos. En un extremo se encuentran sucesos que suelen ser invisibilizados o naturalizados, como el acoso sexual, mientras en el otro extremo se encuentran los que tienen mayor visibilidad pública.

El estudiantado universitario se encuentra en mayor riesgo de acoso directo, y además está más expuesto a la victimización contextual por violencia sexual y desaparición. Los estudiantes de preparatoria se encuentran en mayor riesgo de sufrir robos y asaltos de forma directa. Mientras que el estudiantado de secundaria se encontró en mayor riesgo de asalto indirecto y de victimización contextual asociada a incivildades.

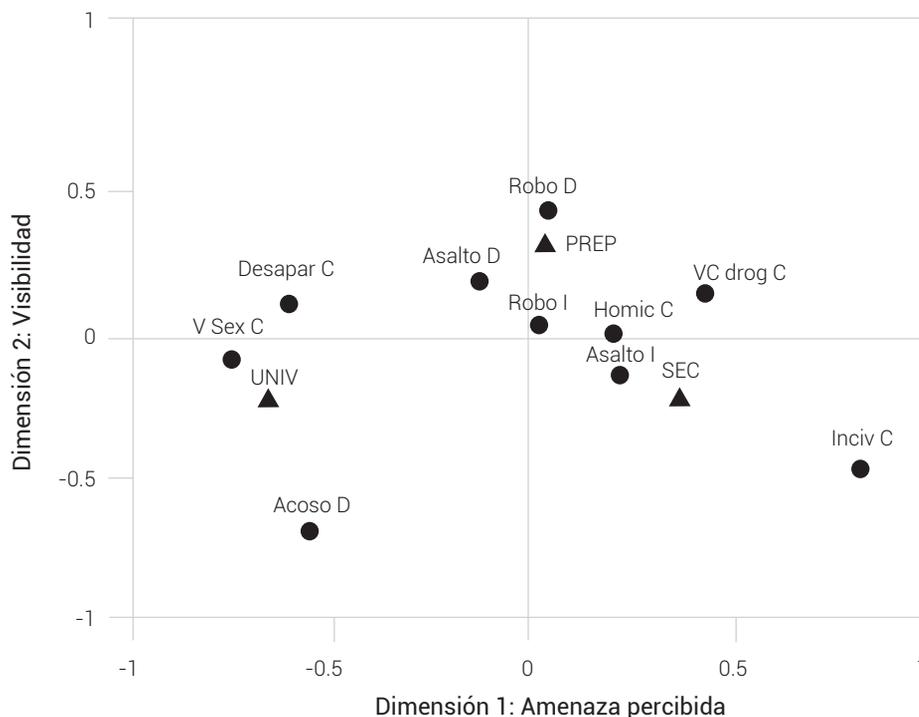


Figura 1. Solución bi-dimensional derivada del análisis de correspondencias entre el nivel educativo y el tipo de victimización.

Nota. Niveles educativos: SEC = Secundaria; PREP = Preparatoria; UNIV= Universidad. Tipos de victimización: Acoso D = Acoso directo; Robo D = Robo directo; Asalto D = Asalto directo; Robo I = Robo indirecto; Asalto I = Asalto indirecto; V Sex C = Violencia sexual contextual; Homic C = Homicidio contextual; Desapar C = Desaparición contextual; VC drog C = Venta y consumo de drogas contextual; Inciv C = Incivildad contextual. Fuente: elaboración propia.

Clase social, victimización e inseguridad

En la Tabla 4 se reportan las asociaciones entre clase social y los principales tipos de victimización. Se encontraron asociaciones bajas con el robo indirecto ($\Phi = 0,22$), el robo directo ($\Phi = 0,17$) y la victimización contextual por desaparición ($\Phi = 0,18$). No se encontraron diferencias significativas entre las clases sociales en términos de inseguridad total ($F(3, 306) = 1,64; p = 0,18$).

Tabla 4. Frecuencias y resultados de chi-cuadrada para los tipos de victimización por clase social

Tipos de victimización	Alta		Media Alta		Media Baja		Baja		$\chi^2(3)$
	n	%	n	%	n	%	n	%	
Victimización directa									
Acoso	11	3,5	16	5,2	6	1,9	11	3,5	3,78
Asalto	11	3,5	18	5,8	9	2,9	9	2,9	0,8
Robo	20	6,5	39	12,6	16	5,2	9	2,9	9,17*
Victimización indirecta									
Asalto	25	8,1	37	11,9	28	9	18	5,8	0,96
Robo	37	11,9	64	20,6	29	9,4	18	5,8	15,17**
Victimización contextual									
Violencia sexual	14	4,5	19	6,1	12	3,9	10	3,2	0,74
Homicidio	21	6,8	38	12,3	25	8,1	15	4,8	1,32
Desaparición	22	7,1	25	8,1	11	3,5	8	2,6	9,72*
Venta y consumo de drogas	9	2,9	11	3,5	10	3,2	9	2,9	1,28
Incivildades	8	2,6	16	5,2	11	3,5	7	2,3	0,37

Nota. N = 310 (n = 66 para alta; n = 111 para media alta; n = 75 para media baja y n = 58 para baja). * $p < 0,05$; ** $p < 0,01$.

Fuente: elaboración propia.

El análisis de correspondencias indicó que existe una baja correspondencia entre la clase social y los tipos de victimización ($\chi^2(27) = 19,87; p = .836$). El análisis identificó tres dimensiones, con una inercia total de 2,7%. La primera dimensión explica el 57,4% de la inercia, la segunda dimensión el 30,4% y la tercera sólo el 12,2%.

La primera dimensión se denominó capital económico, debido a que los extremos muestran un gradual acceso a este tipo de capital. La segunda dimensión corresponde a la amenaza percibida, donde nuevamente en un extremo se encuentran delitos asociados principalmente a la violencia sexual, en el nivel medio predominan los delitos asociados a daños materiales, mientras que en otro extremo se encuentran sucesos violentos que ocurren en la comunidad.

Los jóvenes pertenecientes a la clase alta se encontraron más cercana a la victimización contextual por desaparición. La clase media alta está más expuesta a la victimización directa e indirecta por robo. La clase media baja se encontró más en riesgo del asalto indirecto, así como a la victimización contextual por homicidio o incivildades. Finalmente, la clase baja se encontró más expuesta al acoso directo y más cercana a la venta y consumo de drogas en su comunidad (Figura 2).

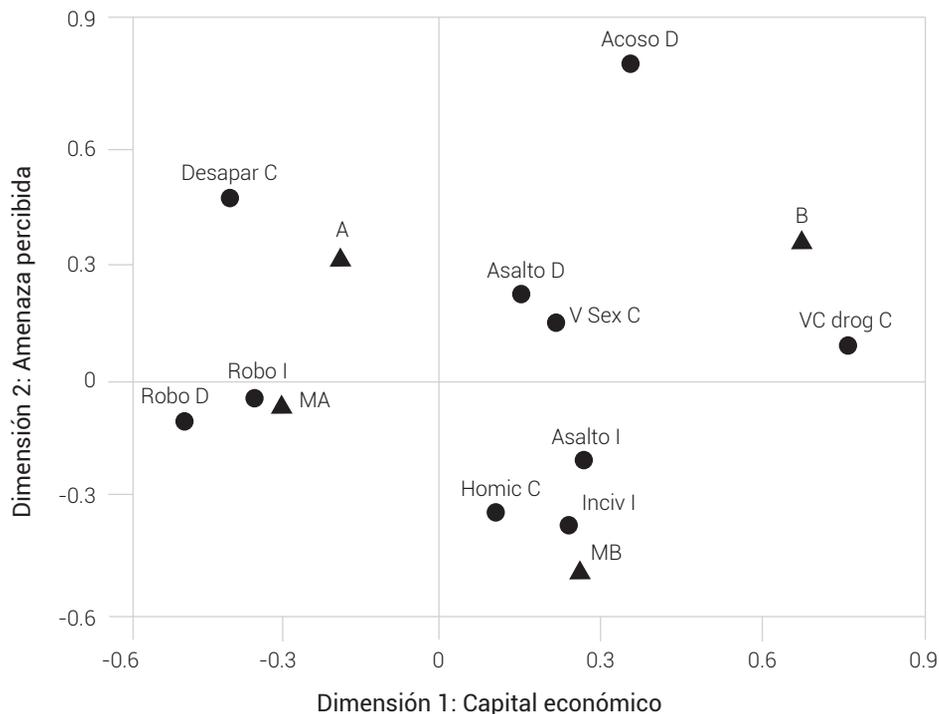


Figura 2. Solución bi-dimensional derivada del análisis de correspondencias entre la clase social y el tipo de victimización.

Clases sociales: A = Alta; MA = Media Alta; MB = Media Baja; B = Baja. *Tipos de victimización:* Acoso D = Acoso directo; Robo D = Robo directo; Asalto D = Asalto directo; Robo I = Robo indirecto; Asalto I = Asalto indirecto; V Sex C = Violencia sexual contextual; Homic C = Homicidio contextual; Desapar C = Desaparición contextual; VC drog C = Venta y consumo de drogas contextual; Inciv C = Incivildad contextual. Fuente: Elaboración propia.

Asociación entre victimización e inseguridad

El análisis exploratorio de la variable de percepción de inseguridad identificó una distribución que se aproximaba a la normalidad. Los puntajes totales se transformaron en puntuaciones z y se crearon tres grupos de acuerdo al nivel de inseguridad: bajo ($z < -1$), medio ($-1 < z < 1$) y alto ($z > 1$).

En la Tabla 5 se muestra la asociación entre el nivel de percepción de inseguridad y los tipos de victimización. Se encontraron asociaciones bajas entre el nivel de percepción de inseguridad con el asalto directo ($\Phi = 0,15$), el robo directo ($\Phi = 0,14$), la victimización contextual por homicidio ($\Phi = 0,16$) e incivildades ($\Phi = 0,15$).

Tabla 5. Frecuencias y resultados de chi-cuadrada para los tipos de Victimización por nivel de percepción de inseguridad

Tipos de victimización	Nivel bajo		Nivel medio		Nivel alto		$\chi^2(2)$
	n	%	n	%	n	%	
Victimización directa							
Acoso	7	2,3	25	8,1	12	3,9	2,71
Asalto	6	1,9	26	8,4	15	4,8	7,01*
Robo	8	2,6	58	18,7	18	5,8	6,12*
Victimización indirecta							
Asalto	22	7,1	66	21,3	20	6,5	0,47
Robo	26	8,4	100	32,3	22	7,1	2,86
Victimización contextual							
Violencia sexual	10	3,2	34	11	11	3,5	0,12
Homicidio	16	5,2	56	18,1	27	8,7	7,66*
Desaparición	9	2,9	42	13,5	15	4,8	1,89
Venta y consumo de drogas	7	2,3	27	8,7	5	1,6	1,01
Incivildades	3	1	34	11	5	1,6	6,87*

Nota. N = 310 (n = 57 para bajo; n = 196 para medio y n = 57 para alto).

* $p < 0,05$

Fuente: elaboración propia.

El análisis de correspondencias indicó que existe una baja correspondencia entre el nivel de inseguridad y el tipo de victimización ($\chi^2(18) = 22,83$; $p = .197$). El análisis identificó dos dimensiones, con una inercia total de 3,1%. La primera dimensión explica el 65,4% de la inercia total y la segunda dimensión el 34,6%.

La primera dimensión corresponde a la amenaza percibida ante los delitos o actos violentos. Uno de los extremos incluye situaciones de violencia presentes en el ambiente social, en un nivel medio se identificaron delitos materiales y sexuales, mientras que en el otro extremo aquellas situaciones violentas que se asocian con una mayor amenaza física. La segunda dimensión se denominó distanciamiento, la cual indica el grado en que los estudiantes perciben que los delitos o actos violentos pueden ocurrir en la cotidianidad. En un extremo se encuentran delitos que afrontan

continuamente, y en el otro extremo los delitos más distantes. Cabe señalar que la mayoría de los actos violentos o delitos se perciben moderadamente distantes.

En la Figura 3 se observa que el nivel alto de inseguridad se encuentra cercano al asalto y acoso directos, así como a la victimización contextual por homicidio. El nivel medio se encuentra más próximo al robo directo e indirecto, así como a la victimización contextual ligada a la venta y consumo de drogas, incivildades y desapariciones.

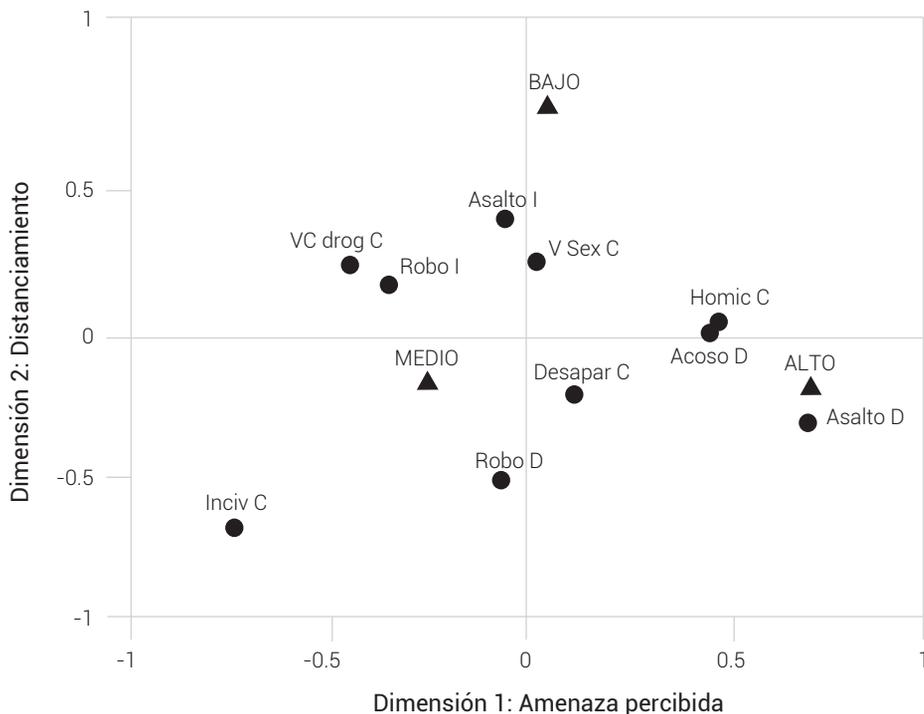


Figura 3. Solución bi-dimensional derivada del análisis de correspondencias entre el nivel de inseguridad y el tipo de victimización.

Niveles de inseguridad: Alto; Medio; Bajo. Tipo de victimización: Acoso D = Acoso directo; Robo D = Robo directo; Asalto D = Asalto directo; Robo I = Robo indirecto; Asalto I = Asalto indirecto; V Sex C = Violencia sexual contextual; Homic C = Homicidio contextual; Desapar C = Desaparición contextual; VC drog C = Venta y consumo de drogas contextual; Inciv C = Incivildad contextual. Fuente: elaboración propia.

Discusión

Los jóvenes experimentan la violencia comunitaria a través de un continuo que va desde sufrirla directamente, hasta vivirla de manera vicaria a través de la violencia sufrida por los otros. Sus familiares están más expuestos a la violencia comunitaria, lo cual puede vincularse a las diferencias en términos de ingreso y movilidad en el espacio público, así como al hecho de que los jóvenes reciben la protección de

familiares de mayor edad. Los principales delitos que experimentan los jóvenes y sus familiares son de tipo patrimonial, como el robo y el asalto. Esto coincide con las cifras reportadas en la localidad durante los últimos años (Subsecretaría del Sistema Estatal de Seguridad Pública, 2019).

En el estudio se reportó una percepción de inseguridad en su comunidad de nivel medio. Este hallazgo puede deberse al hecho de que los principales delitos a los que están expuestos son patrimoniales y que, usualmente, no implican el uso de la violencia, con excepción del asalto. Asimismo, la referencia a victimización directa o indirecta asociada a delitos de alto impacto como el homicidio, la desaparición o la violación fue escasa. Sin embargo, se identificaron grupos que reportan baja y alta inseguridad. Robles (2014) ha señalado la existencia de paradojas de victimización, donde la percepción de inseguridad no corresponde al nivel de incidencia delictiva de la localidad. Estos escenarios pueden surgir debido a que los jóvenes presentan distintas vulnerabilidades estructurales hacia la violencia en su comunidad.

Asimismo, la percepción de inseguridad tiene una dimensión subjetiva (Vuanello, 2009), pues se experimenta a pesar de no haber vivido delitos o situaciones violentas de forma directa. Los jóvenes están expuestos a una victimización contextual a través de la violencia que observan o escuchan en el marco de sus relaciones sociales, que contribuye a la conformación de un imaginario sobre los posibles riesgos en su comunidad. En este imaginario predominan los delitos asociados principalmente al crimen organizado, como el homicidio y la desaparición. Esto parece coincidir con el hecho de que los jóvenes son un grupo altamente vulnerable a la violencia asociada al crimen organizado (Almanza-Avenida et al., 2018; Gómez-San Luis y Almanza-Avenida, 2016; Romero et al., 2018). Cabe señalar que en la localidad donde se realizó el estudio no se han registrado los niveles de conflicto entre organizaciones delictivas y fuerzas federales como en otras regiones del país, e incluso se ha considerado que existe una normalización del narcotráfico como ocupación (Ovalle, 2010). En el estudio el narcomenudeo y el consumo de drogas en las comunidades no fueron las situaciones más amenazantes, aunque preocupan a un sector de los jóvenes debido a su posible vinculación con otros delitos como el robo, el asalto o el homicidio.

El elemento que más contribuyó a la vulnerabilidad estructural hacia la violencia comunitaria fue el género. Las mujeres no solamente perciben una mayor inseguridad, sino que están expuestas a sufrir acoso sexual en su vida cotidiana. En estudios previos se ha reportado que el 65% de las adolescentes sufren acoso sexual (Meza de Luna y García-Falconi, 2015), aunque en el presente estudio se reportó un menor nivel. Esta diferencia puede deberse al hecho de que se solicitó a las participantes que expresaran de forma abierta las violencias sufridas en su comunidad, cuando el

acoso suele ser sub-reportado por la culpabilización a las mujeres, la normalización del acoso y el silencio público alrededor de él (Action Aid, 2015).

A partir de la adolescencia, las mujeres comienzan a percibirse como vulnerables al acoso sexual en el espacio público, y su principal temor es la violación (Johansson, Laflamme y Eliasson, 2012). Los resultados indican que las jóvenes siguen viviendo la amenaza de la violencia sexual en sus comunidades, pero también temen ser desaparecidas, lo cual representa una diferencia importante con otras regiones del mundo donde existe una mayor protección social hacia las jóvenes. La desaparición se asocia con delitos como la violación, el feminicidio y la trata con fines de explotación sexual. Cabe destacar que esta vulnerabilidad se experimenta en una localidad donde se han reportado menos casos en comparación con otras ciudades del país (Data Cívica, 2020), aunque una proporción importante se presenta en grupos de jóvenes.

La victimización contextual de las mujeres puede relacionarse con un proceso de socialización del miedo al crimen que ocurre en su familia y en la comunidad. Reciben mensajes sobre su vulnerabilidad física, la amenaza de violencia sexual (que se experimenta cotidianamente como acoso sexual), y los riesgos de victimización en espacios públicos. La expresión de miedo y preocupación por la propia seguridad es construida como una respuesta apropiada al género, y son culpabilizadas si no adoptan medidas de protección y evitación de riesgos, como restringir su movilidad, cambiar el estilo de vida o buscar acompañamiento (Rader y Haynes, 2011). En el caso de los varones, las masculinidades hegemónicas rechazan la aceptación de la vulnerabilidad, facilitan la movilidad en el espacio público y no se promueve la expresión de miedo o inseguridad. No obstante, en el estudio se encontró que el homicidio es una mayor amenaza hacia ellos, lo cual coincide con el hecho de que los varones jóvenes han sido un grupo especialmente vulnerable a los homicidios asociados al crimen organizado (Schedler, 2018).

Los niveles educativos reportan niveles similares de percepción de inseguridad. Sin embargo, estudiantes de nivel universitario se encuentran más expuestas a la violencia sexual en la comunidad, además de que se encontró una mayor cercanía con el acoso directo y la victimización contextual por desaparición. Este hallazgo puede indicar un incremento de la vulnerabilidad a la violencia sexual de las estudiantes conforme crecen, posiblemente relacionada con el aumento de su movilidad en el espacio público y una menor supervisión parental conforme las jóvenes tratan de desarrollar autonomía e independencia.

Por otro lado, en el nivel de secundaria se halló una mayor exposición a incivildades en la comunidad, como peleas, agresiones, vandalismo o balaceras. En estudios previos, se ha encontrado que los signos de desorden en la comunidad favorecen

que las personas se sientan vulnerables ante la violencia (Brunton-Smith, 2011) y que se incremente su preocupación pública por la inseguridad (Vieno, Rocatto y Russo, 2013). Este hallazgo puede representar una mayor preocupación de los jóvenes de secundaria por el orden comunitario, especialmente por la presencia de pandillas. Asimismo, su preocupación puede estar ligada principalmente a la amenaza de daño físico, más que al daño patrimonial o sexual; en una etapa donde no han desarrollado las capacidades para la protección personal en comparación con otros niveles educativos, que dependen menos del cuidado parental.

Al igual que en el nivel educativo, la percepción de inseguridad fue similar a través de las clases sociales. No obstante, la clase media alta está más expuesta al robo directo e indirecto. Si bien esto puede esperarse en comparación con clases más bajas, el hecho de que se reporte con mayor frecuencia en este grupo puede significar que la clase alta cuenta con más mecanismos para evitar este tipo de delitos, como servicios de vigilancia o habitar en residenciales privados.

Un hallazgo contrastante es que jóvenes de clase alta reportaron en mayor grado una victimización contextual por desaparición. Previamente, se ha señalado que la vulnerabilidad ante este tipo de delitos se incrementa en mujeres jóvenes pertenecientes a hogares de ingresos medios y bajos, pues tienen que transitar el espacio público por sí mismas, no cuentan con la protección de familiares debido a sus ocupaciones laborales, o viven en zonas ubicadas en la periferia donde no hay inversión en materia de seguridad, pavimentación, iluminación o cámaras de vigilancia (Lozano-Reich, 2018). Quizá el predominio de la desaparición en el imaginario de esta clase social puede vincularse a otros factores, como el riesgo percibido de desaparición, el nivel de preocupación parental, o el consumo de medios de comunicación, los cuales suelen sobre-reportar los delitos de alto impacto.

La clase media baja se encontró más cercana a la victimización contextual en términos de homicidios o incivildades, mientras que la clase baja fue más cercana al narcomenudeo y consumo de drogas en la comunidad, así como al acoso directo. En las ciudades, la pobre planeación y los procesos de urbanización rápida han contribuido al desarrollo de zonas con pobre infraestructura, segregación social y degradación ambiental. Tales zonas suelen tener un acceso limitado a servicios públicos de calidad, incluyendo los servicios de seguridad. Estas condiciones aumentan la vulnerabilidad de jóvenes a la violencia y afectan el orden comunitario, además de disminuir su movilidad en el espacio público (Action Aid, 2015).

La percepción de inseguridad está vinculada con el tipo de victimización comunitaria sufrida. El grupo que percibe un bajo nivel de inseguridad se encontró más distante de los sucesos violentos y delictivos, mientras que el grupo con alto nivel

se encontró más cercano al asalto y el acoso directos, lo cual indica que la vulnerabilidad física y sexual favorecen que los jóvenes perciban inseguridad. Aunado a ello, la inseguridad tiene una base subjetiva (Vuanello, 2009), dado que el observar o escuchar sobre homicidios en su comunidad también contribuyen a que se sientan amenazados. Por lo tanto, no sólo se percibe inseguridad por el malestar generado por la victimización directa que se ha sufrido en el pasado, sino por la anticipación de una amenaza en el futuro, alimentada por un contexto donde las personas son vulnerables a delitos de alto impacto.

El estudio cumplió con los objetivos establecidos, pues encontró que los jóvenes experimentan un nivel moderado de inseguridad y están expuestos principalmente a delitos patrimoniales, sobre todo de manera indirecta a través de sus familiares. El homicidio y la desaparición son los delitos que más contribuyen a su victimización contextual. Una contribución del estudio es que encontró que el género es el elemento más relevante para la vulnerabilidad estructural ante la violencia, pues las mujeres están más expuestas a las violencias sexuales, de forma directa y contextual, y perciben mayor inseguridad. Por su parte, el nivel educativo y la clase social no presentaron diferencias en inseguridad, pero se encontraron asociaciones con la victimización comunitaria. El nivel universitario se encontró más cercano a las violencias sexuales, mientras que clases altas a los delitos patrimoniales (con excepción de la desaparición) y las clases más bajas se vincularon a delitos de alto impacto o violencias que afectan el orden comunitario. Otro hallazgo importante es que la alta percepción de inseguridad se vincula con la victimización directa, y la presencia de homicidios en la comunidad.

Entre las limitaciones del estudio se encuentra que la muestra estuvo conformada únicamente por estudiantes de escuelas públicas, ubicadas en colonias con altos niveles de incidencia delictiva en la localidad, además de que los hallazgos dependen del perfil delictivo de la localidad. Asimismo, el instrumento empleado se basaba en las respuestas abiertas de los participantes para no inducir la respuesta, aunque esto puede contribuir a un sub-reporte de la victimización comunitaria. Por lo tanto, una línea futura de investigación es el desarrollo de instrumentos que incorporen los distintos tipos de victimización comunitaria, y permitan ponderar el impacto que cada delito tiene en la percepción de inseguridad, como se encontró en el presente estudio. Aunado a ello, se encontraron asociaciones bajas entre el nivel educativo y la clase social con los tipos de victimización comunitaria, por lo que próximos estudios pueden explorar otras posiciones que contribuyan a la vulnerabilidad estructural hacia la violencia en los jóvenes.

La violencia comunitaria puede restringir la movilidad urbana de las mujeres y afectar su capacidad de estudiar, disfrutar de oportunidades culturales y de ocio, e impacta en su salud y bienestar. Por ello, la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible ha establecido la meta de eliminar la violencia contra mujeres y niñas en los ámbitos público y privado, a través de la creación de ciudades seguras y la promoción de la igualdad de género (ONU Mujeres, 2016). En este sentido, las intervenciones psicosociales tienen que dirigirse a facilitar que las jóvenes estén menos expuestas a la violencia sexual y se sientan más seguras en sus comunidades. Aunado a ello, es necesario el desarrollo de observatorios de delitos de alto impacto (que se sub-reportan a nivel gubernamental y se sobre-reportan en los medios de comunicación), pues contribuyen a que los jóvenes se sientan más vulnerables ante la violencia en el espacio público, sobre todo en condiciones de incertidumbre para la ciudadanía.

Para concluir, cabe recordar la importancia de promover la construcción de nuevas masculinidades para reducir la vulnerabilidad de las mujeres hacia la violencia sexual, y también de los varones hacia delitos violentos como el homicidio. Tampoco puede olvidarse que los principales delitos experimentados directamente fueron patrimoniales, y que los delitos de alto impacto se favorecen en espacios donde se ha erosionado el orden comunitario. Por lo tanto, las intervenciones tendrían que atender problemas como la precarización del empleo y promover el desarrollo y bienestar en las comunidades más vulnerables.

Referencias

- Action Aid. (2015). *Women and the city III: A summary of baseline data on violence against women and girls in seven countries*. <https://actionaid.org/publications/2015/women-and-city-iii>
- Almanza-Avendaño, A.M., Gómez-San Luis, A.H., y Gurrola-Peña, G.M. (2018). Victimización, resiliencia y salud mental de estudiantes de universidad en Tamaulipas, México. *Revista latinoamericana de ciencias sociales niñez y juventud*, 16(1), 345-360. <https://doi.org/10.11600/1692715x.16121>
- Almanza-Avendaño, A. M., Romero-Mendoza, M. P., & Gómez-San Luis, A. H. (2018). Feelings of insecurity regarding organized crime in Tamaulipas, Mexico. *Salud Pública de México*, 6(4), 442-450. <https://doi.org/10.21149/8087>
- Ávila, M. E., Martínez-Ferrer, B., Vera, A., Bahena, A., & Musitu, G. (2016). Victimization, perception of insecurity, and changes in daily routines in Mexico. *Revista de Saúde Pública*, 50, 60. <https://doi.org/10.1590/S1518-8787.2016050006098>

- Asociación Mexicana de Agencias de Inteligencia de Mercado y Opinión. (2017). *Nivel socioeconómico AMAI 2018. Nota metodológica*. <https://nse.amai.org/cuestionarios/>
- Brunton-Smith, I. (2011). Untangling the relationship between fear of crime and perceptions of disorder. *British Journal of Criminology*, 51(6), 885-899. <https://doi.org/10.1093/bjc/azr064>
- Chen, W. Y., Corvo, K., Lee, Y., & Hahm, H. C. (2017). Longitudinal trajectory of adolescent exposure to community violence and depressive symptoms among adolescents and young adults: understanding the effect of mental health service usage. *Community Mental Health Journal*, 53, 39-52. <https://doi.org/10.1007/s10597-016-0031-5>
- Copeland-Linder, N., Lambert, S., & Jalongo, N. (2010). Community violence, protective factors, and adolescent mental health: a profile analysis. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 39(2), 176-86. <https://doi.org/10.1080/15374410903532601>
- Cops, D. (2010). Socializing into fear. The impact of socializing institutions on adolescents' fear of crime. *Young*, 18(4), 385-402. <https://doi.org/10.1177/110330881001800402>
- Data Cívica. (2020). *Reconstrucción de nombres de personas desaparecidas*. <https://personasdesaparecidas.mx/db/db>
- Doey, L., & Kurta, J. (2011). Correspondence analysis applied to psychological research. *Tutorials in quantitative methods for Psychology*, 7(1), 5-14. <https://doi.org/10.20982/tqmp.07.1.p005>
- Echeburúa, E. (2004). *Superar un trauma. El tratamiento de las víctimas de sucesos violentos*. Ediciones Pirámide.
- Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de las Mujeres. (2016). *Ciudades y espacios públicos seguros para mujeres y niñas*. Recuperado de <https://lac.unwomen.org/es/digiteca/publicaciones/2016/folleto-ciudades-seguras#view>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). (2017). *A familiar face. Violence in the lives of children and adolescents*. <https://bit.ly/3fnzP79>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). (2019). Niños y Niñas en América Latina y el Caribe. Panorama 2019. <https://uni.cf/3fjeawO>
- Gaitán-Rossi, P., & Shen, C. (2018). Fear of crime in Mexico: the impacts of municipality characteristics. *Social Indicators Research*, 135(1), 373-399. <https://doi.org/10.1007/s11205-016-1488-x>

- Gaylord-Harden, N., So, S., Bai, G. J., Henry, D. B., & Tolan, P. H. (2017). Examining the pathologic adaptation model of community violence exposure in male adolescents of color. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 46(1), 125-35. <https://doi.org/10.1080/15374416.2016.1204925>
- Gómez-San Luis, A. H. y Almanza-Avenidaño, A. M. (2016). Impacto del narcotráfico en jóvenes de Tamaulipas, México: drogas e inseguridad. *Revista de Psicología*, 34(2), 445-472. doi: <https://doi.org/10.18800/psico.201602.009>
- González, F. (2018). *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia estructural*. Ediciones Monosílabo.
- Greenacre, M. (2008). *La práctica del análisis de correspondencias*. Fundación BBVA.
- Grinshteyn, E., Eisenman, D., Cunningham, W., Andersen, R., & Ettner, S. (2016). Individual-and neighborhood-level determinants of fear of violent crime among adolescents. *Family and Community Health*, 39(2), 103-112. <https://doi.org/10.1097/FCH.0000000000000095>
- Gurrola, G., Balcázar, P., Esparza, O., Rubalcava, N., Rivera, M. E., López, F. y Samaniego, R. (2014). Relation of mental health and community violence in youths. *European Scientific Journal*, 574-579.
- Hopkins, P., Hörschelmann, K., Benwell, M., & Studemeyer, C. (2019). Young people`s everyday landscapes of security and insecurity. *Social & Cultural Geography*, 20(4), 435-444. <https://doi.org/10.1080/14649365.2018.1460863>
- Johansson, K., Laflamme, L., & Eliasson, M. (2012). Adolescents´ perceived safety and security in public space – a swedish focus group study with a gender perspective. *Young*, 20(1), 69-88. <https://doi.org/10.1177/110330881102000104>
- Lorenc, T., Clayton, S., Neary, D., Whitehead, M., Petticrew, M., Thomson, H., Renton, A. (2012). Crime, fear of crime, environment, and mental health and wellbeing: mapping review of theories and causal pathways. *Health & Place*, 18(4), 757-765 <https://doi.org/10.1016/j.healthplace.2012.04.001>
- Lozano-Reich, N. M. (2018). Reconceptualizing feminicidio: border materiality in Ciudad Juárez. *Women´s studies in communication*, 41(2), 104-107. <https://doi.org/10.1080/07491409.2018.1463767>

- Martínez-Ferrer, B., Ávila, M. E., Vera, A., Bahena, A. y Musitu, G. (2016). Satisfacción con la vida, victimización y percepción de inseguridad en Morelos, México. *Salud Pública de México*, 58(1), 16-24. <https://doi.org/10.21149/spm.v58i1.7663>
- Meza de Luna, M. E., & García-Falconi, S. (2015). Adolescent street harassment in Querétaro, Mexico. *Affilia: Journal of Women and Social Work*, 30(2), 158-169. <https://doi.org/10.1177/0886109914541117>
- Molina-Coloma, V., Reyes-Sosa, H. y Larrañaga-Egilegor, M. (2015). La representación social de la inseguridad en jóvenes ecuatorianos: el caso Ambato. *Pensando Psicología*, 11(18), 85-95. <https://doi.org/10.16925/pe.v11i18.1221>
- Ovalle, L. (2010). Construcción social del narcotráfico como ocupación. *Revista CS*, 5, 92-122. <https://doi.org/10.18046/recs.i5.453>
- Pearson, A., & Breetzke, G. (2013). The association between the fear of crime, and mental and physical wellbeing in New Zealand. *Social Indicators Research*, 119, 281-294. <https://doi.org/10.1007/s11205-013-0489-2>
- Plan International. (2018). *Unsafe in the city. The everyday experiences of girls and young women*. <https://plan-international.org/unsafe-city>
- Quesada, J., Hart, L. K., & Bourgois, P. (2011). Structural vulnerability and health: latino migrant laborers in the United States. *Medical Anthropology*, 30(4), 339-362. <https://doi.org/10.1080/01459740.2011.576725>
- Rader, N., & Haynes, S. (2011). Gendered fear of crime socialization: an extension of Aker's social learning theory. *Feminist Criminology*, 6(4), 291-307. <https://doi.org/10.1177/1557085111408278>
- Reyes, V., Reséndiz, A., Alcázar, R. y Reidl, L. (2017). Las estrategias de afrontamiento que utilizan los adolescentes ante situaciones que provocan miedo. *Psicogente*, 20(38), 240-255. <https://doi.org/10.17081/psico.20.38.2544>
- Robles, A. (2014). Miedo en las calles: principal emoción de la inseguridad pública delictiva. Un estudio criminológico y de género. *Revista del Instituto de Ciencias Jurídicas de Puebla*, 34(2), 81-100. <https://doi.org/10.35487/rius.v8i34.2014.123>
- Romero, M. P., Gómez-Dantes, H., Manríquez, Q., Saldívar, G. J., Campuzano, J. C., Lozano, R., & Medina-Mora, M. E. (2018). The invisible burden of violence against girls and young women in Mexico: 1990 to 2015. *Journal of Interpersonal Violence*. <https://doi.org/10.1177/0886260517753851>

- Scarpa, A. (2003). Community violence exposure in young adults. *Trauma, violence & abuse*, 4(3), 210-227. <https://doi.org/10.1177/1524838003252485>
- Schedler, A. (2018). *En la niebla de la guerra. Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*. (2ª ed). CIDE.
- Sociedad Mexicana de Psicología (2010). *Código ético del psicólogo*. (5ª ed.). México: Trillas.
- Subsecretaría del Sistema Estatal de Seguridad Pública. (2019). *Incidencia delictiva estatal*. <https://www.seguridadbc.gob.mx/contenidos/ESTADISTICAS.php>
- Vera, A., Ávila, M. E., Martínez-Ferrer, B., Musitu, G. y Montero, D. (2017). Percepción de inseguridad, victimización y restricciones en la vida cotidiana en función del ciclo vital, en Morelos, México. *Revista Criminalidad*, 59(3), 183-192.
- Vieno, A., Roccato, M., & Russo, S. (2013). Is fear of crime mainly social and economic insecurity in disguise? A multilevel multinational analysis. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 23(6), 519-535. doi: 10.1002/casp.2150
- Villareal, A. & Yu, W. (2017). Crime, fear and mental health in Mexico. *Criminology*, 55(4), 779-805. <https://doi.org/10.1111/1745-9125.12150>
- Voisin, D. R., Patel, S., Sung, J., Takahashi, L., & Gaylord-Harden, N. (2016). Behavioral health correlates of exposure to community violence among African-American adolescents in Chicago. *Children and Youth Services Review*, 69, 97-105. <https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2016.08.006>
- Vuanello, R. (2009). Inseguridad urbana y sus efectos: percepción de los jóvenes. *Revista Criminalidad*, 51(2), 33-46.